

## Susana

En un momento del día, sin mucho para hacer, Susana se sentó en su cama y, repentinamente, la velocidad del todo se intensificó no porque alguien lo hubiese establecido sino su ser que, fue su alma, comenzó a sentir aquel instante como el más verdadero. Tal vez, simplemente, miró hacia adentro. Una sensación aparecía haciéndola dudar de su propia capacidad para moverse. No sentía nada más que un llamado al florecimiento lento, colmado de lágrimas sin nombre y sus dedos, en llamas, recién nacidos porque ya no tenía más ganas de decir ni de pedir, no iría a desear ni tampoco a buscar. Un sentimiento escapó del palacio y galopando su historia se desató. La cortina blanca se esfumaba y una angustia incapaz de imaginarse atacó la frazada que ya no podía contener la cara. Susana había comenzado esa misma semana a dar clases de música en un Centro de Adictos Anónimos, en el barrio antiguo y enriquecido de Peña. Ni bien entró uno de los internados le dijo que no tomaría la clase porque sólo quería consumir. Susana lo miró sonriente y llevando sus ojos hacia el atardecer elogió una red de tenis que habían puesto en el patio, más larga de las que se acostumbra en las canchas de dicho deporte. Pensó en la red con cierta tristeza y reflexionó, también, que proponía una posibilidad amena y divertida para los pacientes. Ingresó al aula dónde se dictan los talleres y armó un círculo con sillas si es que sillas podían llamarse; especie de bancos de madera color verde militar; ni bajos ni altos. Bancos. En la pizarra comenzó a escribir unas notas musicales. Nada más que sus dedos sosteniendo la tiza sin forma y de repente todo se detenía, otra vez, con ese espesor tan particular, como le sucedería después en su habitación, cómo comenzaría a sucederle a menudo. De a uno entraban los alumnos, patinando, cociendo, volando entre el umbral de la vida y el del no querer crecer. Ya de regreso a su hogar Susana suspiraba mientras la noche se acercaba y las anécdotas querían salir a dar un paseo. Ella no era madre ni tenía mascotas. Tampoco pareja. La luna ya en su ventana, Susana en el pequeño living tomaba una copa de vino, anhelaba un cigarrillo y observaba la nada. De repente; el timbre. Un tal Gabriel que venía a entregarle un sobre con algo sumamente importante. Muy raro le pareció recibir una carta y de noche. Gabriel se llamaba un primo de ella que se había retirado de la ciudad para instalarse en una granja en el medio del campo. Extrañada bajó las escaleras, vivía en un segundo piso. Edificio antiguo, precioso y muy bien cuidado, sin ascensor. El portero, un joven de unos veinte y tantos años, muy

enérgico y comprometido con su trabajo, hacía todo luciera con un grado de pulcritud como el que uno roza entre las esculturas de un museo. Al abrir la puerta Susana vio como el aire se había vuelto sólido, opaco e inesperado. Gabriel no era su primo granjero, era otro Gabriel. Vestía con una polera azul gastado, cómo de los 80, pantalones Oxford, llevaba un aro en la nariz y sonreía como un ángel helado. Éste, casi temblando, le tomó la mano y colocó un sobre en su palma izquierda. Susana giró su cabeza como perro ante un sonido esencial y le dijo que podía sentir la bruma gélida a su alrededor, que pasara lo invitó, a tomar algo tibio. Ambos subieron las escaleras sin decir una palabra. Entraron a la pequeña cocina de Susana, cocina de azulejos verde agua y muebles anaranjados. Gabriel se sentó. Susana sirvió té en unas pequeñas tazas de porcelana, se quedó de pie en un rincón y él, mientras tomaba su infusión, le dijo que no trabajaba para el correo, ese sobre se lo enviaba un amigo en común, le agradecía la confianza, que lo haya hecho subir a tomar algo caliente, la ciudad verdaderamente estaba fría aquella noche y que hubiese querido llegar al atardecer, pero no hizo a tiempo. Susana abría el sobre mientras lo escuchaba con suma atención, adoraba su tono de voz, atemporal le parecía. Sacó un cheque y estalló en carcajadas. Que Marco era un personaje, ya le había dicho no le importaba ese dinero, un préstamo entre amigos, ni dos días habían pasado de la ayuda que Susana le ofreció. Gabriel, sorprendido, comprendió la broma que le había jugado su amigo pues éste vivía a unas simples cuadras del apartamento de Susana. Ninguno dijo nada sobre Marco sin embargo hablaron durante horas. Gabriel trabajaba en un colegio, era profesor de grado y conocía el Centro de Salud dónde Susana daba clases. Tenían la docencia y cierta dulce decencia en común. Cambiaron de lugar varias veces, se acercaron a la ventana, se sentaron en el sillón, hojearon libros cerca de la mesada, tomaron té, vino y té nuevamente. Eran casi las cuatro de la mañana, el antiguo dueño del departamento de Susana era coleccionista, se llamaba Eduardo y había olvidado un libro inmenso de estampillas y billetes con una breve historia escrita debajo de cada pieza de papel enmarcada. Gabriel leía en voz alta y Susana lo escuchaba; de a ratos dejaba escapar alguna opinión u adivinaba el lugar de origen de aquellos “recuerdos” como le gustaba llamarlos. Dieron por terminada la velada y, otra vez, todo se detuvo. Susana y el tiempo. Comenzó a imaginar que se acercaba cada vez más y más, y más a Gabriel. Comprendía que por el sopor que su cuerpo contenía podía estar soñando ese acercamiento. De repente un ruido de algo quebrado en el suelo quiebra la ensoñación y descubre a Gabriel y a Susana dentro de

un eco risueño echados en el suelo de la cocina. Él le toma la mano y de nuevo la detención; todo quieto, Susana y una especie de alucinación. ¿Era el tiempo? Que no corría. Una noche en la que no había mucho para hacer y una promesa. Tal vez.